

**Salvador Giner,
Emilio Lamo de Espinosa
y Cristóbal Torres (eds.)**

Diccionario de Sociología

Segunda edición

Alianza Editorial

**[J.R.G.] Jesús Roguero
García**
sociología de la salud

**[J.R.M.] Javier Rodríguez
Martínez**
ascetismo
autoridad, tipos de
autoridad legal-racional
legitimidad
W. Sombart
tipicidad
tipificación
tipo ideal
E. Troeltsch
vocación

**[J.R.M.G.] José Ramón
Montero Gibert**
efecto adhesión/rechazo
(bandwagon/underdog)
voto
voto útil

**[J.R.S.E.] José R.
Sebastián de Erice**
distancia de rol
distancia social
doble vida; doble vida doble
dramatúrgico, enfoque
E. Goffman
institución total

**[J.R.T.P.] José Ramón
Torregrosa Peris**
psicología social

[J.S.] Joan Subirats
políticas públicas

**[J.S.D.] Juli Sabaté
Delgado**
criminología
delincuencia juvenil
delincuencia organizada

[J.Z.] Juan Zarco
método delphi

**[J.Z./B.S.] Juan
Zarco/Bernabé Sarabia**
sociología visual

**[L.C.A.] Luis Cortés
Alcalá**
urbanización
vivienda, sociología de la

**[L.C.I.] Luis de la Corte
Ibáñez**
cognición social
genocidio
persuasión
sentimientos

**[L.E.A.] Luis Enrique
Alonso**
consumerismo
estandarización
fordismo/postfordismo
E. O. Mayo
necesidades
problemas sociales
productividad
socioanálisis
sociología del consumo
F. W. Taylor
taylorismo

[Ll.F.] Lluís Flaquer
J. J. Bachofen
catalanismo
comunidad/sociedad
consanguinidad
familia extensa
A. Ferguson
incesto
kibbutz
koljós
linaje
monogamia
pareja, pareja de hecho
parentela
parentesco
privatización
público/privado
F. Tönnies

**[L.G.M.] Luis Garrido
Medina**
categoría socioeconómica
dependencia
ocupación
ocupaciones, clasificación de
persona social
profesión

[L.M.] Luis Moreno
colonialismo interior
consociacionismo
decisores públicos
descentralización
Estado del bienestar
federación

federalismo
gobierno
jacobinismo
melting pot
partido político
politeya
regionalismo

**[L.M.L.] Laura Moya
López**
sociología en México

**[L.P.L.] Laureano Pérez
Latorre**
causa, explicación causal
causalidad
explanandum/explanans
explicación
fines/medios
hipótesis
idiográfico/nomotético
inducción/deducción
método científico
neopositivismo
positivismo
teleología

**[L.P.O.] Lourdes Pérez
Ortiz**
edadismo
gerontología social

[L.R.] Lucas Rubinch
sociología en Argentina

[L.S.] Luis Saavedra
S. Aznar
J. Balmes
J. Donoso Cortés
J. de Mariana
R. de la Sagra

**[L.S.C.] Luis de Sebastián
Carazo**
subdesarrollo

[L.T.] Luis Toharia
economía positiva
mano de obra
mercado de trabajo
paro
población activa
población ocupada
segmentación del mercado
de trabajo

léctica* entre los mecanismos represivos internos y las coerciones externas en la determinación específica de las perturbaciones anímicas. Siempre problemático, pero fecundo en una serie de campos sociales (análisis de las formaciones ideológicas, de los hábitos* de consumo, de las estructuras simbólicas, de la comunicación publicitaria, etc.), el enfoque psicoanalítico abre, en fin, una vía motivacional o profunda para la interpretación de los procesos libidinales que contribuyen a configurar los modelos culturales alternativos de orientación del comportamiento. Mientras que la ambivalencia ideológica del modelo psicoanalítico entraña—en su asunción por la teoría sociológica— bien una especificación analítica conservadora (por el estructural-funcionalismo* de T. PARSONS), bien una reorientación crítica radical o subversiva (en las diversas formas de freudomarxismo: W. Reich, H. MARCUSE, etc.). [A.O.]

■ FREUD, S., «Múltiple interés del Psicoanálisis» (1913), recogido como texto XII del vol. II (págs. 967-980) de las *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968. HUGHES, H. S., *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo (1890-1930)*, Madrid, Aguilar Ediciones, 1972.

psicología cognitiva La etiqueta cognitivo/a aplicada a la psicología tiene dos acepciones. Tomado como adjetivo, el término psicología cognitiva hace referencia al estudio psicológico de los procesos de manipulación mental de la información* y el conocimiento*. Tomado como sustantivo, psicología cognitiva se refiere a un nuevo paradigma* o enfoque teórico que comienza a hacer acto de presencia en la psicología científica, mediada la década de los años cincuenta, como réplica al paradigma dominante en esos momentos, el conductismo*, que sólo aceptaba como datos psicológicos las variables directamente observables (estímulos y respuestas) y tenía como modelo* un sujeto que se limitaba a responder pasivamente a los estímulos provenientes del medio. Frente a esta inmediatez objetiva, la psicología cognitiva va a introducir variables de contenido mental, utilizando como referente modelos teóricos del procesa-

miento de información provenientes de la informática, disciplina desarrollada por la misma época. Desde la psicología cognitiva, pues, se sostiene que el comportamiento manifiesto del individuo lo que hace y ejecuta externamente no es sino la consecuencia de cómo percibe, procesa, almacena y recupera activamente la información, en una clara analogía funcional entre la mente humana y el ordenador (la mente como un potente procesador de información), que permitió en su momento la sustitución del viejo mentalismo asociacionista de principios de siglo por unas herramientas conceptuales mucho más potentes arropadas dentro de un lenguaje nuevo que habla de codificación*, almacenamiento, recuperación, etc., y dota a los psicólogos de una instrumentación hasta entonces desconocida, que se concreta en la posibilidad de construir modelos formales de la mente y del comportamiento humano. Si bien es cierto que la psicología cognitiva tiene como objetivo primordial el estudio de algo tan tradicional dentro de este ámbito del saber como es la vida mental, lo que la distingue de otras aproximaciones es la consideración de la mente como un modelo representacional. En consecuencia, decimos que la psicología cognitiva reclama la implicación de la mente, entendida ésta como un sistema representacional cuyo funcionamiento sigue las pautas de un sistema computacional que procesa, almacena, utiliza y recupera la información. [A.B.A.]

■ VEGA, M. DE., *Introducción a la psicología cognitiva*, Madrid, Alianza Editorial, 1984. RIVIÉRE, A., *El sujeto de la psicología cognitiva*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

psicología social El autor quizás más influyente en la psicología social europea actual ha señalado que «la psicología social no puede describirse como una disciplina con un cuerpo unitario de interés, un marco sistemático de criterios, un cuerpo coherente de conocimientos o, incluso, un conjunto de perspectivas comunes compartidas por quienes la practican...». (S. Moscovici, «Society and Theory in Social Psychology», 1972). Tampoco su historia puede ser reconstruida en una línea unitaria

de progreso científico ascendente que va desde las especulaciones filosóficas de los clásicos sobre la naturaleza humana a la adopción del método científico experimental* en el estudio del comportamiento humano, como expresión indudable de un estatuto seguro y respetable como saber científico, tal y como lo ha hecho Gordon Allport («The Historical Background of Modern Social Psychology», 1954) y, basándose en él, la gran mayoría de manuales y textos al uso (Graumann, «History as Multiple Reconstruction: Of Mainstreams, tributaries and Undercurrents» 1987; Farr, *The Roots of Modern Social Psychology*, 1996).

La expresión psicología social, pues, no parece tener un claro significado explícito fuera de las múltiples tradiciones conceptuales y/o metodológicas en que se usa, dependiendo mucho qué se entienda por psicología y, sobre todo, qué significado se adscriba al término social.

Aun a riesgo de simplificar mucho las cosas, cabe distinguir dos grandes líneas de desarrollo de la psicología social según haya sido su ubicación disciplinar, en la psicología o en la sociología. Esta diferenciación puede retrotraerse a los primeros textos que en 1908 aparecen con el título de psicología social, el de E. A. Ross, de orientación sociológica, y el de W. McDougall, de orientación psicológica.

En esta última dirección, que ha sido y es predominante, han tenido carácter paradigmático las pautas señaladas tempranamente por Floyd Allport (*Social Psychology*, 1924), para quien «no existe una psicología de los grupos que no sea esencial y totalmente una psicología de los individuos... Sus necesidades biológicas son los fines para los que sus conductas sociales son medios. En su organismo residen todos los mecanismos por los que se explica su conducta social... La psicología, en todas sus ramas, es una ciencia del individuo...». Se mantiene aquí un concepto de la psicología social en que su nivel de análisis es sólo psicológico («en su organismo residen todos los mecanismos que explican su conducta social»), que se extiende a los elementos que componen su entorno social y lo explican desde los principios genera-

les o básicos de la psicología. La psicología social es psicología de todo aquello que pueda ser denominado como social. No es social porque adopte el punto de vista de los saberes que se ocupan precisamente de la socialidad, sino porque psicologiza, individualiza, esa socialidad. Lo que primero fue legislado por F. Allport –a saber, que la psicología social es sólo psicología y, por tanto, sólo una subdisciplina de la misma– fue legitimado medio siglo más tarde por Jones («Major Developments in Social Psychology During the Past Five Decades», 1985) por la vía del reconocimiento del *fait accompli*, de un levantamiento, aparentemente objetivo, de acta notarial de la psicología social existente o visible para él.

Desde estos presupuestos no resulta sorprendente la paradoja de que frecuentemente se observe que la psicología social convencional haya llegado a ser tan individualista. Porque se parte en ella de la noción de un sujeto o individuo abstracto, natural, ahistórico, no socializado, empíricamente inexistente, desde cuya universal estructura y funcionamiento se quiere dar cuenta de la complejidad y variedad psicosocio-cultural del hombre. Desde este naturalismo teórico-conceptual –complementado en el metodológico por el experimento de laboratorio como paradigma–, la conceptualización del sentido, de aquello que de específico caracteriza la acción humana, se hace problemática. La tensión en esta perspectiva hacia un reduccionismo de lo social a lo psicológico, incluso a lo biológico, ya la señaló T. PARSONS (*An Approach to Psychological Theory in Terms of the Theory of Action*, 1959). Pero más allá del biologismo inicial, resulta difícil sobrevalorar la pervivencia hasta nuestros días de estos supuestos metateóricos de la psicología social psicológica. Ni la refundación de Kurt Lewin y sus discípulos, ni la revolución cognitivista han logrado modificarlos plenamente.

Desde la otra línea, la sociológica, se concibe la psicología social como un campo interdisciplinar del saber en que los niveles de análisis, psicológico y sociológico, se hacen converger para una inteligibilidad más adecuada de los procesos de acción* e interacción social*, a través de los cuales

se constituye tanto la subjetividad individual –la persona– como las constelaciones de la experiencia colectiva en que se fundan los grupos*, las asociaciones* y movimientos sociales*, las instituciones*, etc. La asunción simultánea, en recíproca y explícita referencia, de ambos niveles de análisis, permite poner de manifiesto aquellos mecanismos y procesos en que interseccion lo personal, lo interpersonal y lo colectivo-estructural, revelando sus interdeterminaciones como parcial(es) causalidad(es) autogenerativa(s) de la realidad humana, más allá de los reduccionismos a que tienden las explicaciones de la conducta y experiencia humanas en los términos de uno sólo de esos niveles de análisis. Esa recíproca referencia de lo individual y lo colectivo, de individuo y sociedad, a través de los conceptos que describen y constituyen ambos, ha ido desvelando la improcedencia de su reificante antítesis, al mostrar la intrínseca naturaleza social de la personalidad individual, y a los grupos y estructuras sociales como resultado, en última instancia, de la acción y comunicación entre actores individuales.

Es frecuente adscribir un simétrico reduccionismo sociologista a la psicología social de orientación sociológica. Pero este argumento, aparentemente equilibrador, no parece ajustado a la realidad de los hechos. En primer lugar, porque el marco conceptual en que de modo más representativo se ha ido configurando la psicología social sociológica, a saber, el interaccionismo simbólico, difícilmente puede considerarse como reduccionista. Sus afinidades con una psicología como la de Wundt o Vygotsky son bien conocidas, o incluso, con muchos aspectos del cognitivismo actual. Uno de sus logros más significativos ha sido superar la antinomia individuo-sociedad, especificando cómo ambos son constituidos a través de procesos de comunicación e interacción social. Y ello, incluso, en su variante más estructural, como, por ejemplo, la de Stryker. Precisamente una de las críticas más frecuentes al interaccionismo simbólico* por parte de los sociólogos es la de que la estructura social* es disuelta en las mentes* y las acciones de los individuos. En segundo lugar,

otras corrientes sociológicas relevantes para la psicología social como el funcionalismo*, de Parsons a Inkeles, pasando por Smelser, MERTON, o Alexander, tampoco pueden ser considerados reduccionistas. Su manifiesta preocupación por aclarar los nexos entre los distintos niveles de análisis revelan esa conciencia antirreduccionista. Lo mismo cabría señalar respecto de otros autores como GIDDENS. Y, en tercer lugar, siempre han existido en la teoría sociológica tradiciones individualistas que, aunque con muy distintos fundamentos, como la teoría de la acción, la fenomenología* o la teoría del intercambio*, exhiben afinidades psicopsicológicas muy evidentes, y en algunos casos, como HOMANS, un explícito reduccionismo psicológico-conductista.

Independientemente de la plausibilidad de los argumentos esgrimidos en la caracterización de la disciplina desde sus dos perspectivas principales de origen, dos hechos parecen perfilarse a lo largo de los años cincuenta: Por una parte, la situación hegemónica del paradigma de la orientación psicológico-individualista, y, por otra, cierta insatisfacción con esa unilateral hegemonía. Esa insatisfacción se manifiesta en distintas publicaciones, encuentros y simposios, en los que se hace balance del estado de la psicología social. Como intento de superar esa escisión entre las dos orientaciones, psicológica y sociológica, puede ser interpretado el desarrollo de algunos programas conjuntos, como los de Harvard y Michigan, y cuyo fracaso en la búsqueda de una identidad unitaria hacia mediados de los años sesenta coincide con la aparición de textos en que comienza a hablarse abiertamente de la crisis de la psicología social. En la base de la misma se encuentran los aspectos que hemos descrito tan sucintamente y la quiebra que se venía produciendo en la propia filosofía de la ciencia del paradigma* lógico-positivista* (Harré y Secord, *An Approach to Psychological Theory in Terms of the Theory of Action*, 1972; Gergen, *Toward Transformation in Social Knowledge*, 1982).

De los debates epistemológicos, sostenidos en la así llamada crisis de la psicología social, se han derivado algunas consecuencias

que, en términos generales, pueden considerarse positivas para el desarrollo actual de esta disciplina: (1) La progresiva adopción de un modelo de hombre en que los ingredientes constitutivos de lo específicamente humano —simbolismo, lenguaje, intencionalidad, agencia, individualidad comunicativamente socializada— ya no sólo resultan extraños, sino considerados como objeto de estudio. (2) Una mayor conciencia de historicidad, tanto por lo que respecta a la condición histórica de la realidad estudiada como a la del propio conocimiento psicossociológico. (3) Mayor conciencia de la relatividad del propio conocimiento psicossociológico, como construcción lograda interactivamente en determinados contextos y para ciertos propósitos de los que es imposible desvincular sus contenidos de verdad. Aunque esa conciencia de relatividad no implica necesariamente un relativismo absoluto. (4) Mayor conciencia de las posibles funciones ideológicas* de la propia psicología social en tanto que proveedora de categorías y formas de interpretación de la experiencia subjetiva. Emergencia de una nueva psicología social crítica que hace más transparentes las relaciones saber-poder* (Ibáñez e Íñiguez, *Critical Social Psychology*, 1997). (5) Mayor reconocimiento de la legitimidad de un genuino pluralismo epistémico-metodotécnico, que en las diversas perspectivas puede enriquecer la investigación y ampliar el campo de análisis. El laboratorio abre sus puertas hacia los contextos naturales de la vida cotidiana. (6) Una mayor afinidad con las demás ciencias sociales, en línea con lo que Daniel Katz («Social Psychology in Relation to the Social Sciences: The Second Social Psychology», 1978) llamó la segunda psicología social y más recientemente Himmelweit y Gaskell han llamado psicología societal (*Societal Social Psychology*, 1990). Subyacente a esas tendencias parece percibirse una tensión básica: el progresivo percatamiento de la necesidad de introducir de modo sistemático el punto de vista sociológico en la psicología social convencional de orientación psicológica. Es decir, que la psicología social, para ser social, no puede permanecer siendo sólo social, sino que ha

de ser sociológica. Y para serlo lo lógico es que no reinvente por sí misma las tradiciones psicossociológicas de la sociología, sino que las asuma explícitamente como parte integrantes de sí misma. Lo cual implica que la psicología social es a la vez psicología y sociología, constituyendo su especificidad analítica como disciplina científica la adopción de ambos puntos de vista en el estudio de la acción e interacción humanas. No reconocer esta relación de compartida identidad con la sociología, no sólo sería parcial sino erróneo, tanto desde el punto de vista de la reconstrucción histórica de este campo del saber como desde un planteamiento lógico-sistemático riguroso. Aunque no se diga explícitamente, éste parece ser el espíritu que ha impulsado gran parte de la reciente psicología social europea, así como los desarrollos más interesantes de la psicología social latinoamericana y de otras áreas culturales (Moghaddam, «Psychology in the Three Worlds: As Reflected by the Crisis in Social Psychology and the Move Toward Indigenous Third-World Psychology», 1987). En la propia psicología social norteamericana, una identidad común interdisciplinaria de las dos psicologías sociales parece configurarse hacia el futuro (Leary, *The State of Social Psychology* 1989; Stephan, Stephan y Pettigrew, *The Future of Social Psychology*, 1991; McGarty y Haslam, *The Message of Social Psychology*, 1997). [J.R.T.P.]

■ ALVARO, J. L., GARRIDO, A., y TORREGROSA, J. R. (eds.), *Psicología social aplicada*, Madrid, McGraw-Hill, 1996. HEWSTONE, W., STROEBE, W., CODOL, J. P., y STEPHENSON, G. M. (eds.), *Introducción a la psicología social: una perspectiva europea*, Barcelona, Ariel, 1990. PÁEZ, D., VALENCIA, J., MORALES, J. F., SARABIA, B., y URSUA, N., *Teoría y método en psicología social*, Barcelona, Anthropos, 1992. COLLIER, G., MINTON, H. L., y REYNOLDS, G., *Escenarios y tendencias en la psicología social*, Madrid, Tecnos, 1997. TORREGROSA, J. R., y CRESPO, E. (eds.), *Estudios básicos de psicología social*, Barcelona, Hora, 1984.

publicidad Véase propaganda/publicidad.